

con el título de clubs monárquicos, y que no eran más que contrarrevolucionarios, clubs que la fuerza de las circunstancias hicieron cerrar, pues se comprendió que cuando tan amenazada estaba la revolución, esos clubs no menos exagerados que los liberales y reclamando la intervención extranjera, eran un ultraje á todo lo que representaban los clubs patrióticos y un desafío. Recogido el guante, la municipalidad tuvo que disolverlos para que el desorden no se enseñorease de las calles de París.

Tal era la situación de París y de Francia cuando la actitud del clero exasperando á los mismos diputados les ofuscó hasta el punto de hacerles caer en el desalentado decreto que les exigió el juramento cívico. Hemos visto en nuestros días á qué conduce obligar á jurar poderes é instituciones que se detestan y contra los cuales se jura en el momento mismo en que se quiere obtener su reconocimiento.

Sin embargo, debemos decir que en 1790 eran los hombres revolucionarios los que protestaban contra esa exigencia, y eran los realistas patriotas los que lo declaraban imprescindible. Fueron Lameth, Camus, Mirabeau, Barnave y los suyos pidieron y obtuvieron de la Asamblea el decreto sobre el juramento, y esto contra Robespierre, Desmoulin y Marat que pedían se respetara la conciencia de los ciudadanos.

Votado el juramento cívico para el clero, era ahora necesario que sancionase el decreto el rey, y este naturalmente se presentó desde luego lo menos dispuesto posible. Un mes iba por transcurrir, cuando el día 23 de Diciembre de 1790, Camus toma la palabra y en un apasionado discurso, condena la conducta del rey y pide que se le haga respetar la voluntad nacional. Alejandro Lameth, presidente de la Cámara, hizo apoyar la proposición Camus y en su consecuencia se envió al rey una diputación que le obligara á sancionar el decreto de 27 de Noviembre, y como todo el mundo preveía ya la negativa del rey, la Asamblea á propuesta de Camus y á pesar de los apóstrofes del abate Maury, acordó aquel mismo día que se elevase en París á J. J. Rousseau una estatua en nombre de la Francia libre, estatua que sólo la tercera república ha podido levantar. Respondió en efecto el rey el día 23 de una manera evasiva, y como lo Asamblea estaba resuelta á todo, el mismo día acordó que al siguiente fuera su presidente á ver al rey, á fin de traer á la Cámara la resolución del rey por escrito, refren-

dada por el ministro. La resolución era conminatoria y Luís XVI pudo ver como esta resolución la apoyaban los mismos que el 5 de Octubre habían ido á Versalles á enseñarle como la revolución entendía ser servida por su rey. En efecto, la población de París se amotinó, corrió á las Tullerías y el rey pudo convencerse de que no le quedaba más recurso que sancionar, sino quería ver de nuevo á los patriotas en su propia cámara. De este tumulto, Luís Blanch, lo mismo que E. Martín han atribuido su oportunidad á la corte. Nosotros creemos que no es necesario esto para acusar la duplicidad del rey. Hasta aquí, no le hemos visto ceder más que á la fuerza, los más importantes decretos de la Asamblea fueron sancionados de igual manera. ¿A qué negarlo? ¿A qué negar que Luís XVI cedió siempre ante la amenaza? ¿Para condenar al infeliz rey se necesita acusarle de haber faltado á sus juramentos? Nosotros no le hemos acusado ni le acusaremos más que su falta de sinceridad. Podía firmar los decretos reservándose su libertad de acción, esto era lo digno, lo decoroso. Lo que no podía hacer Luís era después de firmados, asegurar que los cumpliría cuando nadie le pedía tal confesión. Sancionó, pues, el rey el decreto relativo al juramento cívico del clero el 26 de Diciembre de 1790, y Dupont du Tentre lo refrendó. En su virtud, debía el clero prestar el juramento el día 4 de Enero de 1791. Luís XVI había sido, pues, nuevamente vencido por la fuerza, tuvo derecho á quejarse, pero en aquellos mismos días, el hombre que más había osado contra su corona, y aún señalado más de una vez su cabeza, Desmoulin, prestaba también su juramento. En 1790 la intolerancia estaba en todas partes.

Desmoulin quiso casarse con Lucila Duplessis, y las preocupaciones de la época exigieron á Desmoulin el matrimonio religioso en regla, á la sazón no había otro, y Desmoulin no tuvo más remedio que oír misa y confesarse y aún gracias que la Iglesia bendijera su unión, pues, no estaba dispuesto á darla al hombre que se había atrevido á escribir que, á sus ojos era tan evidente la religión del Cristo como la de Mahoma. Testigos de la boda lo fueron por parte de Lucila, Sillery y Petión. Por parte de Camilo, Robespierre y Brissot. Cuatro años más tarde todos habían desaparecido. El novio mató á su padrino Brissot. Su padrino Robespierre mató á todos. El idilio de Lucila y Camilo acabó en la más espantosa tragedia.



CAPITULO X

MUERTE DE MIRABEAU

Cómo Mirabeau arruinó su robusta salud.—Cómo es acogido en todas partes su triunfo sobre el juramento cívico del clero.—El clero y el Papa contra la Asamblea.—Acuerda la Asamblea dar un *Manifiesto* á la nación.—El manifiesto de Mirabeau.—Lamourette.—Es desechado por la Asamblea.—Mirabeau y la corte.—Excita al rey á la contrarrevolución.—Plan contrarrevolucionario de Mirabeau.—Porque la corte se desatendió de los proyectos de Mirabeau.—Proyectos de la corte.—Salen de Francia las tías del rey.—Actitud del pueblo francés.—Marat promueve una sedición.—Resuelta actitud de Lafayette.—Ley contra la emigración: 28 de Febrero de 1791.—Robespierre y Brissot se declaran contra la ley.—Mirabeau consigue que se rechace el proyecto.—Fracaso del movimiento contrarrevolucionario: los caballeros del puñal.—El joven Beauharnais.—Actividad patriótica de Lafayette.—Humillación de palacio.—Intervención funesta del rey.—Mirabeau se presenta por última vez en el club de los Jacobinos.—Justifica su conducta.—Sus últimos momentos parlamentarios.—Su enfermedad.—Consternación general.—Su muerte: 2 de Abril de 1791.—Funerales de Mirabeau.—El Panteón.—Protesta de Marat.—Marat en el Panteón expulsa á Mirabeau.—Actitud de Petión.—Cómo se debe juzgar á Mirabeau.—Juicio de E. Martín.—Juicio de Lamartine.—Nuestra opinión.



MIRABEAU realmente se mató al querer llevar por su camino la Asamblea. El doble papel que representaba Mirabeau á todas horas, y en todas partes había de acabar con su existencia, aún cuando fuera la de un Hércules. No lo supo nunca ver el hombre obligado á tirar ó á dejarse arrastrar por el carro revolucionario, y como á su lado no tenía ni quien le quisiera, ni quien le comprendiera, y los que podían darle estos auxilios dejaban que se agotase aquella fuerza que tanto les había amparado en los más difíciles momentos, Mirabeau arruinaba su salud en esa lucha titánica é insostenible por un solo hombre.

Es la proposición de Mirabeau la que se acepta como ya hemos dicho, sobre el juramento del clero. Mirabeau vence á Lameth, consigue que no sea tan conminatorio ni tan severo el decreto de la Asamblea, pero su victoria es condenada por todo el

mundo. Por los revolucionarios porque ha echado agua al vino; por la corte porque no ha vencido sin concesiones. El clero á quien él creía haber ayudado á salvar, dice de su discurso «que es aún más detestable leído que oído,» esto cuando Mirabeau esperaba que se le agradeciera lo hecho, pues, no dejó de escribir á La Mark lo que significaba su discurso para que previniera al arzobispo de París, no fuera que tampoco le entendiera, pues en la Asamblea sólo el obispo de Perpiñan y el abate Prodt le habían comprendido.

Mirabeau, quería, pues, ser comprendido, cuando precisamente su fuerza estribaba en no serlo, pues si lo fuera por sus adversarios, Lameth á quien más de una vez hubo de pedir clemencia en el club de los Jacobinos, ¿dejará de aplastarle con sus invectivas, y Barnave dejará de acudir al lado de su compañero para señalarle? Mirabeau quería ser adivina-

do por los que él quería proteger, y sólo le adivinaban sus adversarios.

Sucedió, pues, que la Asamblea viéndose uno y otro día atacada por su irreligiosidad, condenada uno y otro día lo mismo por el alto y bajo clero francés que por el mismo Papa que intervino en la

lucha en contra del juramento cívico del clero, acordó dirigir un manifiesto al país para explicar su conducta y demostrar como en lo más mínimo no había atentado á los principios religiosos de religión alguna, y menos todavía á los cristianos tal cual los profesa la Iglesia romana. Mirabeau no for-



Nancy

maba parte del comité encargado de redactar el *Manifiesto*, así temiendo que no saliera de la Asamblea una obra destinada á pintar con negros colores la actitud del clero, una obra que apasionase al país y le indispusiera aún más contra los obispos, resolvió adelantarse á la comisión y propuso su *Manifiesto* á la Cámara. Dícese que en esta obra tuvieron tanta parte él, como el dulce y buen abate Lamourette que era todo benignidad, lo cierto es, que hay tales contrastes en la obra de Mirabeau que no es posible creer que salieran de su pluma los tiernos conceptos cristianos que la esmaltan, pero ni aún

esta colaboración pudo salvar su obra. Mirabeau se retrató en su *Manifiesto*, ardiente y audaz queriendo contentar á la Asamblea y dar á su vez razón á los que se quejaban, se atrajo la ira de Camus que hizo rechazar el proyecto del conde por sobrado audaz y atrevido. Este exceso de celo es propio de los que no obran espontáneamente. Quería que no se conociera la cara que lo escribía y se puso una máscara; pero esta máscara no era sino la vera efigie de Riquetti. El 21 de Enero de 1791, en fin, la Cámara aprobó la *Instrucción acerca de la constitución civil del clero* que le presentó su comisión

especial. En este mismo día, Mirabeau proponía á la corte lo siguiente:

«No es posible encontrar una ocasión más favorable para coaligar un gran número de descontentos, y de descontentos de la peor especie, y de aumentar la popularidad del rey á expensas de la Asamblea nacional.

»Para ello es necesario:

1.º »Incitar al mayor número posible de eclesiásticos funcionarios á que se nieguen á prestar el juramento;

2.º »Incitar á los ciudadanos activos de las parroquias, adjuntos á sus pastores, á aceptar la reelección;

3.º »Arrastrar á la Asamblea nacional á medios violentos contra esas parroquias...



Heroísmo de Desilles

4.º »Impedir que la Asamblea no adopte paliativos que le permitan retroceder de una manera insensible y conservar su popularidad;

5.º »Presentar á la vez todos los proyectos de decretos relativos á la religión, y sobre todo provocar la discusión sobre el estado de los judíos de Alsacia, sobre el matrimonio de los sacerdotes y sobre el divorcio, para que el fuego no se apague por falta de combustibles;

6.º »Unir á este embarazo el de la consagración de un obispo;

7.º »Oponerse á todo *Manifiesto* en el que la Asamblea diga que no ha querido tocar á lo espiritual;

8.º »Y cuando se haya venido al momento de emplear la fuerza pública, provocar peticiones en los departamentos oponiéndose á ello.»

¿Acogió la corte los planes de Mirabeau? No; pero podemos hacerle por ello un mérito? No, la corte conspiraba, la corte tenía su plan, y no se interesaba mas que por sus propias ideas. A donde éstas le llevaban pidámoslo á los más timoratos historiadores de la revolución, á Enrique Martín:

«La Cuaresma fué causa de que redoblase la agitación religiosa. Las tías del rey, hijas de Luis XV, no queriendo tener relación alguna con los sacerdotes juramentados de las parroquias de París, partieron para ir á celebrar la Pascua en Roma. Con este motivo grande agitación en París. Se creyó ver en ello el presagio de la marcha del rey. En provincias se sintió la misma impresión. La municipalidad de Arnai-le-Duc, detuvo á las señoras tías, que así se las llamaba, hasta tanto que la Asamblea autorizara su viaje. Mirabeau, tras de un